

Tutunki



En los bosques densos y húmedos de las ver- 9
tientes orientales andinas, cerca de los arro-
yos y acantilados, habita una especie de ave
muy bella llamada: gallito de las rocas. A es-
tas aves les gusta vivir entre las rocas de las
montañas; allí se protegen y construyen sus
nidos. Los machos son de color rojo brillan-
te y tienen una cresta sobre la cabeza.

Los gallitos de las rocas son excelen-
tes bailarines, aunque generalmente si-
lenciosos. Se podría decir que solamente
gritan cuando están asustados. Pero en-
tre estos hay uno muy singular: se llama

Tutunki y, a diferencia de sus compañeros, canta, y lo hace de maravilla.

10 Tutunki cantaba *rock* y verlo era todo un espectáculo. Su fama se había extendido por toda la región y muchos animales llegaban desde tierras lejanas para disfrutar de su voz. Era imposible no bailar al compás de sus alegres canciones, incluso logró tener un club de admiradoras que se ponían de acuerdo para enviarle toda clase de regalos y exóticas frutas.

Tutunki era talentoso, hermoso, gracioso... pero también engreído y vanidoso.

—Tutunki, ¿quieres esta fruta?

—¡Wank! Está demasiado madura.

—Tutunki, ¿qué te parece esta otra?

—¡Wank! Está demasiado dura.

Siempre se quejaba. En primavera, porque había demasiado polen; en verano,

porque hacía demasiado calor; en otoño, porque hacía demasiado viento, y en invierno, porque hacía demasiado frío. Su garganta era demasiado delicada, su plumaje era demasiado fino para mostrarlo a diario, su voz era demasiado celestial para desperdiciarla en cualquier lugar.

11

Nada era suficientemente bueno para Tutunki. Nunca estaba satisfecho.

Con el pasar del tiempo, la montaña empezó a parecerle aburrida y los demás gallitos, demasiado simplones para codearse con una estrella de *rock* como él. Frecuentemente pasaba por su cabeza la idea de dejar aquel lugar e ir a buscar una vida a la altura de su talento.

«¡Quiero luces, limosinas, quiero casas con piscina, quiero autos, movimiento, que mi cresta vuele al viento! —Tutunki



pensaba antes de dormir—. ¡Wank! Este lugar no es para mí, tengo que salir de aquí».

Una mañana, sin despedirse de los suyos, Tutunki emprendió el vuelo, dejando atrás su roca, su montaña y su arroyo, rumbo a lo desconocido.

13

Voló durante varias horas hasta que decidió descansar en la rama de un árbol. De pronto, escuchó un sonido diferente. Era una voz humana. «¡Oh! —pensó Tutunki—, ¡un humano! Voy a hacerle una demostración, tal vez me lleve a la televisión».

Tutunki cantó con todas sus ganas. El hombre lo miró extasiado.

Al darse cuenta de que había captado su atención, Tutunki desplegó toda su gracia, cantó y bailó hasta despeinarse.

Estaba tan emocionado que del *rock* pasó a la tecnocumbia, luego a la salsa y de ahí al merengue... Ya estaba comenzando a zapatear un huainito cuando pensó: «Me va a dar un patatús, ¿quién apagó la luz?».

14 Luego solo hubo silencio, aunque algún pajarito que estuvo por ahí cuenta que escuchó un «¡wank!».